

Esta es una pequeña muestra
del libro ¿Qué es la teología reformada?

Para conseguir el libro completo y conocer más
acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2022 Poiema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!

¿QUÉ ES LA
TEOLOGÍA
REFORMADA?

ENTENDIENDO LO BÁSICO

R.C. SPROUL

Mientras lees, comparte con otros en redes usando
#TEOLOGÍAREFORMADA

¿Qué es la teología reformada?

Entendiendo lo básico

Poiema Publicaciones © 2016

Segunda revisión, 2022, por Ministerios Ligonier

Traducido con el debido permiso del libro *What Is Reformed Theology? Understanding the Basics* © R.C. Sproul en 1997, publicado por Baker Books.

Escrituras tomadas de *La Nueva Biblia de las Américas* (NBLA), Copyright © 2005 por The Lockman Foundation. Usadas con permiso. www.NuevaBiblia.com. Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio visual o electrónico sin permiso escrito de la casa editorial. Escanear, subir o distribuir este libro por Internet o por cualquier otro medio es ilegal y puede ser castigado por ley.

Poiema Publicaciones

info@poiema.co

www.poiema.co

ISBN: 978-1-955182-32-4

Impreso en Colombia

SDG

En memoria de
James Montgomery Boice

CONTENIDO

Introducción: <i>La teología reformada es una teología</i>	7
I. FUNDAMENTOS DE LA TEOLOGÍA REFORMADA	
1 Centrada en Dios	23
2 Basada solo en la Palabra de Dios	45
3 Comprometida con la sola fe	65
4 Dedicada al Profeta, Sacerdote y Rey	89
5 Conocida como Teología del Pacto	113
II. LOS CINCO PUNTOS DE LA TEOLOGÍA REFORMADA	
6 Corrupción radical de la humanidad	133
7 Elección soberana de Dios	159
8 Sacrificio determinado de Cristo	185
9 Llamamiento eficaz del Espíritu	203
10 Preservación divina de los santos	225
Epílogo	250
Notas	251
Índices	257

ILUSTRACIONES

ÍNDICE DE DIAGRAMAS

Diagrama 0.1 - Una teología centrada en Dios	17
Diagrama 0.2 - Una teología centrada en el hombre	18
Diagrama 7.1 - La cadena de oro de la salvación	164

ÍNDICE DE TABLAS

Tabla 1.1 - La primera piedra fundacional	25
Tabla 2.1 - La segunda piedra fundacional	46
Tabla 2.2 - El canon	59
Tabla 3.1 - La tercera piedra fundacional	66
Tabla 3.2 - La justificación	87
Tabla 4.1 - La cuarta piedra fundacional	90
Tabla 4.2 - Los concilios cristológicos	95
Tabla 5.1 - La quinta piedra fundacional	114
Tabla 5.2 - La estructura de los pactos antiguos	123
Tabla 5.3 - Tres tipos de pacto	128
Tabla 6.1 - El primer pétalo del “TULIP”	134
Tabla 6.2 - Agustín y la habilidad humana	141
Tabla 7.1 - El segundo pétalo del “TULIP”	160
Tabla 7.2 - La predestinación	184
Tabla 8.1 - El tercer pétalo del “TULIP”	186
Tabla 8.2 - La voluntad de Dios	191
Tabla 9.1 - El cuarto pétalo del “TULIP”	204
Tabla 10.1 - El quinto pétalo del “TULIP”	226

INTRODUCCIÓN

La teología reformada es una teología

El propósito de este libro es ofrecer una respuesta sencilla a la pregunta *¿qué es la teología reformada?* No es un libro de texto sobre teología sistemática ni tampoco una exposición detallada y exhaustiva de cada artículo o sección de la doctrina reformada. Es más bien un compendio, una introducción resumida de la esencia consolidada de la teología de la Reforma.

En el siglo XIX, teólogos e historiadores, abocados a hacer un análisis comparativo de las religiones del mundo, buscaban destilar la esencia de la religión misma y así poder reducir el cristianismo a su mínimo denominador común. El término *Wesen* (ser o esencia) hace su aparición en un gran número de estudios teológicos alemanes, incluyendo el libro de Adolf Harnack *What is Christianity?* [*¿Qué es el cristianismo?*] Harnack redujo el cristianismo a dos afirmaciones esenciales: la paternidad universal de Dios y la hermandad universal del hombre, de las cuales ninguna se plantea en la Biblia en los términos que propone.

Una teología, no una religión

Este movimiento que buscaba reducir la religión a su esencia tuvo un efecto sutil pero dramático. El estudio de la teología fue suplantado por el estudio de la religión en el mundo académico. Este cambio fue sutil porque, para el público común, la religión y la teología eran lo mismo, por lo que no se percibió ningún impacto drástico. Incluso en el mundo académico el cambio fue ampliamente aceptado casi sin reclamo.

Hace varios años fui invitado a hablar ante la facultad de una universidad prestigiosa al oeste central de Estados Unidos, ellos tenían una rica tradición cristiana y reformada. La universidad se encontraba sin rector y el cuerpo académico estaba haciendo un auto-estudio para definir la identidad de la universidad. Me pidieron que abordara la pregunta “¿cuáles son los rasgos distintivos de una educación particularmente cristiana?”. Antes de mi presentación el decano me llevó a hacer un recorrido por el campus. Al entrar al edificio del cuerpo de profesores observé una oficina con la siguiente inscripción en la puerta: Departamento de Religión. Esa noche, cuando me dirigí a los profesores dije: “Durante mi recorrido por sus instalaciones me fijé en la puerta de una oficina que decía ‘Departamento de Religión’. Tengo una pregunta doble. La primera, ¿ese departamento siempre se ha llamado Departamento de Religión?”. Mi pregunta fue recibida con silencio y miradas al techo.

En un comienzo pensé que nadie podría responder a mi inquietud. Finalmente, un profesor de trayectoria levantó su mano y dijo: “No, antes se llamaba ‘Departamento de Teología’. Se cambió el nombre hace unos treinta años”.

“¿Por qué lo cambiaron?”, pregunté.

Nadie en la sala tenía idea alguna y tampoco parecía preocuparles.

La presunción tácita era: “En realidad no tiene importancia”.

Les recordé a los académicos que existe una diferencia profunda entre el estudio de la teología y el estudio de la religión. Históricamente el estudio de la religión ha estado incorporado al estudio de la antropología, la sociología e incluso la psicología. La investigación académica de la religión ha buscado cimentarse en el método científico empírico. La razón de esto es bastante simple. La actividad humana es parte del mundo de los fenómenos. Su actividad es visible, por lo tanto sujeta al análisis empírico. La psicología puede que no sea una disciplina tan concreta como la biología, pero la conducta humana como respuesta a las creencias, necesidades, opiniones y otros aspectos puede ser estudiada según el método científico.

Para decirlo de manera más clara, el estudio de la religión es mayormente el estudio de un cierto tipo de *conducta humana*, ya sea bajo la rúbrica de la antropología, la sociología o la psicología. Por otro lado, el estudio de la teología es el estudio de Dios. La religión es antropocéntrica; la teología es teocéntrica. A fin de cuentas, la diferencia entre religión y teología es la diferencia entre Dios y el hombre, una diferencia nada pequeña. Es una diferencia, insisto, de la materia de estudio. La materia de estudio propiamente de la teología es *Dios*; la materia de estudio de la religión es *el hombre*.

Puede que inmediatamente surja una objeción a esta simplificación: ¿acaso el estudio de la teología no incluye el estudio de lo que los humanos dicen acerca de Dios?

El estudio de la Escritura

Nuestra respuesta a esa pregunta es una palabra: “parcialmente”. Estudiamos teología de varias maneras. Primero, es por medio del estudio de la Biblia. Históricamente, la Biblia fue

recibida por la iglesia como el depósito normativo de la revelación divina. Se consideraba a Dios mismo como su autor último. Por eso nos referimos a la Biblia como *verbum Dei* (palabra de Dios) o *vox Dei* (voz de Dios). La Biblia es considerada como producto de la autorevelación divina. La información contenida en ella no es el resultado de la investigación empírica humana o la especulación humana, sino que llega por *revelación* sobrenatural. Se le llama revelación porque nos llega desde la mente de Dios. Históricamente, el cristianismo ha afirmado ser *verdad revelada* y ha sido recibido como tal. No es una verdad descubierta por medio del ingenio o la percepción humanos. Pablo comienza su Epístola a los Romanos con estas palabras: “Pablo, siervo de Cristo Jesús, llamado a *ser* apóstol, apartado para anunciar el evangelio de Dios” (Ro 1:1).

¿Qué significa la frase “evangelio de Dios”? La palabra *de*, ¿significa “pertenece a” o significa “acerca de”? ¿Está diciendo Pablo que el evangelio es algo *acerca de* Dios o que *proviene* de Dios? El cristianismo histórico consideraría esta pregunta como un ejemplo de la falacia del falso dilema o de la falsa disyuntiva. El cristianismo clásico dirá que el evangelio es un mensaje tanto *acerca* de Dios como *desde* Dios.

Al mismo tiempo, la iglesia siempre ha reconocido que la Biblia no fue escrita por el puño y letra de Dios. Dios no escribió un libro para que la Editorial Celestial lo publicara y luego lo lanzara en paracaídas hacia la tierra. La iglesia siempre ha reconocido que las Escrituras fueron redactadas y escritas por autores humanos.

El tema candente hoy en día es este: esos autores humanos ¿escribieron sus opiniones y percepciones personales, o fueron dotados de manera única como agentes de revelación y por lo tanto escribieron bajo la inspiración y supervisión de Dios? Si

decimos que la Biblia es solo el producto de la opinión y percepción humanas, todavía podemos hablar de teología bíblica en el sentido de que la Biblia contiene enseñanza humana acerca de Dios, pero ya no podríamos hablar de revelación bíblica. Si Dios es el autor último de la Biblia, entonces podemos hablar *tanto* de revelación bíblica *como* de teología bíblica. Si el hombre fuera el autor último, entonces deberíamos limitarnos a hablar de teología bíblica o incluso de *teologías*. Si ese fuera el caso, solo podríamos considerar a la teología bíblica como una subdivisión de la religión, como un aspecto del estudio humano acerca de Dios.

El estudio de la historia

Otra manera de estudiar teología es desde una perspectiva histórica. La teología histórica es el estudio de lo que las personas que no son agentes inspirados de revelación han enseñado acerca de Dios. Se examinan los concilios históricos, los credos y los escritos de teólogos como Agustín, Tomás de Aquino, Martín Lutero, Karl Barth y otros. Se estudian diversas tradiciones teológicas para aprender cómo ha entendido cada corriente el contenido de la teología bíblica. Por una parte, esto podría considerarse como estudio de la religión en el sentido que estudia el *pensamiento* religioso.

Puede que nuestra motivación al estudiar la teología histórica sea simplemente comprender la historia del pensamiento religioso. En ese contexto, el tema de estudio es la opinión humana. Por otro lado, puede que nuestra motivación sea aprender lo que otros han aprendido acerca de Dios. En este escenario, la materia de estudio es Dios y las cosas de Dios.

Desde luego, también puede ser que lo que nos motive a estudiar la teología histórica sea una combinación de ambas razones, o incluso haya otras. Lo importante es entender que se

puede tener primordialmente un interés teológico o un interés religioso, siempre y cuando reconozcamos que no son idénticos.

El estudio de la naturaleza

Hay una tercera manera de estudiar teología y es a través del estudio de la naturaleza en busca de pistas acerca del carácter de Dios. A esto lo llamamos *teología natural*. La teología natural consiste en información acerca de Dios a partir de la observación de la naturaleza. Los que estudian la teología natural lo hacen desde dos ángulos diferentes. Por un lado, están aquellos que consideran a la teología natural como un mero producto de la especulación humana, obtenido a través de la razón que reflexiona filosóficamente sobre la naturaleza sin ayuda externa. Por otro lado, están aquellos que, consecuentes con el enfoque histórico de la teología natural, la conciben como producto de la revelación natural cimentada en esta misma. La revelación es algo que Dios realiza. Es Su acto de darse a conocer.

La teología natural es algo que *nosotros* adquirimos. Es el resultado ya sea de la especulación humana que concibe la naturaleza como un objeto neutro en sí mismo, o de la recepción humana de la información que el Creador entrega en la creación y a través de ella. Este segundo enfoque no considera a la naturaleza como un objeto neutro en sí mismo, que es mudo, sino como un escenario de la revelación divina donde se entrega información por medio del orden creado.

Desde el siglo XVI hasta comienzos del siglo XX, ningún teólogo reformado, que yo conozca, negaba la validez de la teología que se deriva de la revelación natural. El rechazo fuerte que existe hoy hacia la teología que se base en la especulación humana sin ayuda externa ha traído como consecuencia un amplio rechazo a *toda* la teología natural. Este distanciamiento,

que en parte es una reacción en contra del racionalismo de la Ilustración, es también un alejamiento de la teología reformada histórica y de la teología bíblica.

Tanto el catolicismo romano como la teología reformada histórica han adoptado la teología natural y han aprendido de la revelación natural. La razón detrás de este consenso importante es que la Biblia, considerada por ambas posiciones como revelación especial, claramente enseña que, junto con lo que Dios nos revela acerca de Sí mismo en la Escritura, también hay un ámbito de revelación divina presente en la naturaleza.

La teología clásica hace una clara distinción entre *revelación especial* y *revelación general*. Ambos tipos de revelación se distinguen por los términos *especial* y *general* debido a la diferencia en el alcance del contenido y del público al que se dirigen.

La revelación especial es especial porque entrega información específica sobre Dios que no se encuentra en la naturaleza. La naturaleza no nos comunica el plan de Dios para la salvación, pero la Biblia sí. Aprendemos muchos más detalles sobre el carácter y los actos de Dios en la Biblia, de lo que podemos llegar a aprender a través de la creación. La Biblia también es considerada revelación especial porque la información que contiene es desconocida para aquellos que nunca la han leído o a quienes nunca se les ha anunciado su mensaje.

La revelación general es general porque revela verdades generales acerca de Dios y porque su público es universal. Toda persona está expuesta, en algún grado, a la revelación de la creación. La base más pertinente para la revelación general o natural es la afirmación de Pablo en Romanos:

Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres, que con injusticia

restringen la verdad. Pero lo que se conoce acerca de Dios es evidente dentro de ellos, pues Dios se lo hizo evidente. Porque desde la creación del mundo, Sus atributos invisibles, Su eterno poder y divinidad, se han visto con toda claridad, siendo entendidos por medio de lo creado, de manera que ellos no tienen excusa. Pues aunque conocían a Dios, no lo honraron como a Dios...

Romanos 1:18-21

Dios expresa Su ira hacia la humanidad porque reprime la verdad de la revelación natural. Dios puede ser conocido porque ha hecho “evidente” lo que se puede conocer acerca de Él mismo. Esto que Dios ha mostrado o revelado es “evidente” o claro. Desde la creación misma, los atributos invisibles de Dios se “han visto con toda claridad”; es decir, pueden ser vistos por medio de los hechos divinos o a través de todo lo que Dios ha hecho. Esto se entiende, casi universalmente, como que Dios claramente se revela a Sí mismo en la naturaleza y por medio de ella; es decir, que hay una revelación general o natural.

Podemos preguntarnos: ¿esta revelación evidente nos “llega” a nosotros y nos entrega algún conocimiento de Dios? Pablo lo responde categóricamente. Dice que esta revelación divina se ha “visto”. Haber visto algo es tener ya un grado de conocimiento de aquello. Pablo afirma que ellos “conocían a Dios”, aclarando que la revelación natural entrega una teología natural o un conocimiento natural de Dios. La ira de Dios se revela, no porque el hombre no logre recibir la revelación natural, sino porque, habiéndola recibido, el ser humano no actúa en concordancia. La humanidad se rehúsa a honrar a Dios o a darle gracias. Ellos obstruyen la verdad de Dios y, como dice Pablo más adelante, “no tuvieron a bien reconocer a Dios” (Ro 1:28).

Las personas rechazan el conocimiento natural que tienen de Dios. Este rechazo, sin embargo, no anula la revelación ni el conocimiento como tal. El pecado de la humanidad es que rehúsa *reconocer* el *conocimiento* que posee. Las personas actúan contra la verdad que Dios revela y que claramente han recibido.

El creyente que se rinde ante la revelación especial está entonces capacitado para responder adecuadamente a la revelación general. En este aspecto, los cristianos debieran ser los estudiantes más diligentes de la revelación tanto especial como natural. Nuestra teología debe estar guiada tanto por la Biblia como por la naturaleza. Ambas vienen de la misma fuente reveladora: Dios mismo. Estas dos revelaciones no están en conflicto sino que ambas reflejan la armonía de lo que Dios muestra de Sí mismo.

Una última forma en que podemos estudiar teología es a través de la teología filosófica especulativa. Este enfoque puede estar motivado por una confianza previa en la revelación natural o por un intento consciente de contrarrestar la revelación natural. La primera motivación es una base legítima para el cristiano; la segunda constituye un acto de traición a Dios pues se basa en la pretensión de la autonomía humana.

En todos estos enfoques diversos puede existir un estudio de la teología en vez de un mero análisis de la religión. Cuando nos embarcamos en la búsqueda de conocer o entender a Dios, eso es teología. Cuando nuestra búsqueda se limita a entender las reacciones humanas ante la teología, eso es religión.

La reina de las ciencias

El estudio de la teología *incluye* el estudio del ser humano, pero desde una perspectiva teológica. Podríamos organizar nuestra ciencia como lo muestra el diagrama 0.1. De la teología surgen

muchas subdivisiones; una de ellas es la antropología. El enfoque moderno luce más como el diagrama 0.2, en el que la teología es un subconjunto de la antropología. Estos dos paradigmas grafican la diferencia entre una visión teocéntrica del hombre y una visión antropocéntrica de la religión y de Dios.

En el currículo clásico, la teología es la reina de las ciencias y todas las otras disciplinas son sus doncellas. En el currículo moderno, el hombre es rey y la que era reina ahora es relegada a un lugar insignificante en la periferia. En su obra monumental *No Place for Truth [No hay lugar para la verdad]*, David F. Wells dice:

El hecho de que la teología está desapareciendo de la vida de la iglesia, y que esa desaparición ha sido orquestada por algunos de los líderes de la iglesia hoy, es bastante evidente, pero, curiosamente, difícil de probar. Es difícil no notarlo en el mundo evangélico —por ejemplo, en la adoración frívola que es tan predominante, donde el enfoque central de la fe ya no es Dios sino el “yo”, en la predicación psicologizada que viene luego de este cambio de enfoque, en el debilitamiento de las convicciones, en su pragmatismo estridente,

Diagrama 0.1

**Perspectiva de la teología
centrada en Dios**

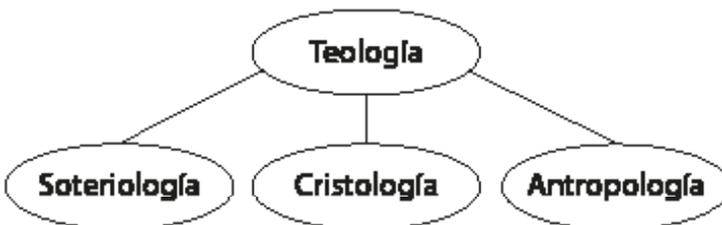
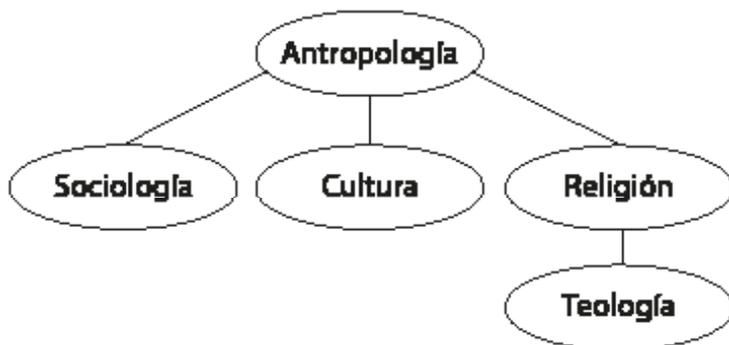


Diagrama 0.2

**Perspectiva de la teología
centrada en el hombre**



en su incapacidad de pensar de manera incisiva acerca de la cultura, en su deleite en lo irracional.

Wells, citando a Ian T. Ramsey, habla de la situación actual como una iglesia sin teología y una teología sin Dios. Una iglesia sin teología o una teología sin Dios claramente no son opciones para la fe cristiana. Puede haber religión sin Dios o sin teología, pero no puede haber cristianismo sin ellos.

Teología y religión en Sinaí

Para ejemplificar mejor la diferencia entre teología y religión, examinaremos brevemente un famoso incidente en la historia de Israel. Éxodo 24 dice: “Entonces Moisés subió al monte, y la nube cubrió el monte. Y la gloria del SEÑOR reposó sobre el monte Sinaí, y la nube lo cubrió por seis días. Al séptimo día, Dios llamó a Moisés de en medio de la nube. A los ojos de los israelitas la apariencia de la gloria del Señor era como un fuego consumidor sobre la cumbre del monte. Moisés entró en medio

de la nube, y subió al monte. Moisés estuvo en el monte cuarenta días y cuarenta noches” (Ex 24:15-18).

En este episodio, Moisés sube a la misma montaña a la que había ascendido en medio de humo, truenos y relámpagos. Había sido llamado a encontrarse con Dios. La gloria de Dios se manifestaba ante el pueblo de Dios como un fuego consumidor, pero Dios mismo permanecía invisible detrás de las nubes.

Moisés se adentra en las nubes. Su misión consistía en teología pura. Iba en pos de Dios mismo. Ante este despliegue, debemos asumir que los que se quedaron abajo no eran ateos. Puesto que eran conscientes de la realidad de Dios y de Su obra salvadora, no eran ni liberales ni secularistas. Eran los evangélicos de su época, receptores de la revelación especial y participantes del éxodo redentor.

Sin embargo, más adelante en esta narración, nos enteraremos de un cambio sorprendente en la conducta de la gente: “Cuando el pueblo vio que Moisés tardaba en bajar del monte, la gente se congregó alrededor de Aarón, y le dijeron: ‘Levántate, haznos un dios que vaya delante de nosotros. En cuanto a este Moisés, el hombre que nos sacó de la tierra de Egipto, no sabemos qué le haya acontecido’” (Ex 32:1).

Lo que vemos a continuación es un acto de apostasía sin precedentes: la fabricación y la adoración de un becerro de oro. Esta es una práctica de religión enfocada en la adoración a una criatura. Cuando fabricaron su invaluable becerro de última generación, dijeron: “Este es tu dios, Israel, que te ha sacado de la tierra de Egipto” (Ex 32:4).

Debemos notar que esto es una declaración teológica. Afirman que aquel becerro los había librado de la esclavitud. Esta era una teología descaradamente falsa. También es evidencia de que la religión falsa nace de la teología falsa. El becerro

era una imagen idólatra que cambiaba la verdad de Dios por una mentira y cambiaba la gloria de Dios por la gloria de una creación artística.

Hay muchas cosas fuera de lugar aquí. En primer lugar, el toro era la imagen sagrada de los dioses paganos de Egipto. Al hacerse su propio ídolo taurino, Israel acomodó su religión según el mundo que los rodeaba. Su nueva religión ahora era relevante. Ahora tenían un dios que podían controlar. Puesto que ellos lo habían fabricado, entonces podían destruirlo o descartarlo. Aquella vaca no entregaba leyes ni exigía obediencia. Tampoco había que temer su ira, justicia o santidad. Era sorda, muda e impotente. Así que al menos no podía estorbar su diversión ni traerlos a juicio. Esta era una religión diseñada por hombres, practicada por hombres y, finalmente, inútil para los hombres. Lo que tenían era una teología y una religión sin Dios. Poseían los elementos de la práctica de la religión, pero no adoraban a Dios. La teología frívola del pueblo había despojado al verdadero Dios de Su verdadero carácter.

Notamos otra ironía en la razón de la demora de Moisés en bajar de la montaña. Desde el capítulo 24 hasta este evento en el capítulo 32, Moisés estaba recibiendo instrucciones detalladas de parte de Dios. Estas instrucciones se enfocaban en un punto: la verdadera adoración. Dios estaba entregando mandamientos específicos en cuanto al tabernáculo, el sacerdocio Aarónico, la liturgia de la adoración y la santidad del día de reposo.

Así que mientras Moisés aprendía sana teología, el primer hombre consagrado como sacerdote, Aarón, construía un altar a un becerro de oro. Dios estaba instruyendo a Moisés en la verdadera religión que se basa en la teología de la verdad.

David F. Wells observa que “en el pasado, el quehacer teológico incorporaba tres aspectos esenciales tanto en el mundo

académico como en la iglesia: (1) un aspecto confesional, (2) la reflexión acerca de esta confesión y (3) cultivar un conjunto de virtudes fundadas en los dos primeros aspectos”.

Al hablar de teología reformada lo haremos desde esta perspectiva histórica. Comenzaremos nuestro estudio afirmando que la teología reformada es, primero y antes que cualquier cosa, *teología*. Como teología tiene aspectos confesionales, reflexivos y conductuales.

En el resto del libro examinaremos por qué esta teología se llama reformada, no sin antes reiterar que es teología propiamente y no meramente religión sin teología. Lo que impulsa a esta teología es, sobre todo, su comprensión del carácter de Dios.

PARTE 1

FUNDAMENTOS DE
LA TEOLOGÍA
REFORMADA

1

CENTRADA EN DIOS

La teología reformada es sistemática. La teología sistemática como disciplina recibe ese nombre porque busca comprender la doctrina de una manera coherente y unificada. La meta de la teología sistemática no es imponer sobre la Biblia un sistema derivado de alguna filosofía en particular. Más bien, la meta de la teología sistemática es discernir las interrelaciones de todo lo que la Biblia enseña. Históricamente, el teólogo sistemático asumía que la Biblia es la Palabra de Dios y como tal no está llena de conflictos internos ni confusión. A pesar de la variedad de temas que la Biblia presenta a través de muchos autores humanos a lo largo de un período de tiempo, el mensaje que surge se considera un mensaje divino y por lo tanto coherente y consistente. En este caso, la consistencia no es considerada como una estrechez de mente. La mente de Dios en ningún caso es pequeña.

En la iglesia actual las presuposiciones del pasado no siempre están vigentes. Muchos rechazan la inspiración divina de

Tabla 1.1**La primera piedra fundacional**

-
- 1 Centrada en Dios**
 - 2 Basada solo en la Palabra de Dios
 - 3 Comprometida con la sola fe
 - 4 Dedicada a Cristo Jesús
 - 5 Estructurada en torno a tres pactos

las Escrituras y de paso han rechazado toda confianza en una revelación unificada. Si uno estudia la Biblia solo como un documento de hombres, no es necesario armonizar lo que los diversos autores enseñan. Desde esta perspectiva, la teología sistemática intenta explicar lo que la Biblia enseña a la luz y con la guía de un sistema externo a la Biblia. Otros evitan cualquier sistema y adoptan una teología que es intencionalmente relativista y pluralista. Al hacer esto, ponen en contraposición a los diferentes autores bíblicos y tratan a la Biblia en sí como una colección de teologías contradictorias. La teología reformada clásica, por otro lado, sí considera a la Biblia como la Palabra de Dios. Si bien reconoce que en la Biblia participaron distintos autores humanos de diferentes épocas, también cree que la inspiración divina implica la unidad y coherencia de la verdad divina. Por lo tanto, la búsqueda de una teología sistemática desde un ángulo reformado es el intento de descubrir y definir un sistema de doctrina que surja de la enseñanza de la Biblia misma.

Puesto que la teología es sistemática, cada doctrina de la fe influye de alguna manera en cualquier otra doctrina. Por ejemplo, la forma en que entendamos la persona de Cristo afectará la forma en que entendemos Su obra redentora. Si vemos

a Jesús solamente como un gran maestro humano, entonces seremos propensos a ver Su misión mayormente como una enseñanza de carácter moral. Si lo consideramos como el Hijo de Dios encarnado, eso nos daría un nuevo marco para comprender Su misión. A la inversa, la manera en que comprendemos la obra de Cristo también afectará nuestra comprensión de Su persona.

Quizás ninguna doctrina cause más impacto en las demás doctrinas que la doctrina de Dios. Nuestra comprensión de la naturaleza y el carácter de Dios influirá en cómo comprendemos la naturaleza del hombre, quien está hecho a imagen de Dios; la naturaleza de Cristo, cuya obra satisface al Padre; la naturaleza de la salvación, la cual Dios lleva a cabo; la naturaleza de la ética cuyas normas surgen del carácter de Dios; y un sinnúmero de otras consideraciones teológicas que dependen de nuestra comprensión de Dios.

La teología reformada es, en primer lugar, teocéntrica en vez de antropocéntrica; es decir, tiene a Dios en el centro y no al hombre. El hecho de que esté centrada en Dios de ninguna manera le quita valor al ser humano. Por el contrario, eso es algo que establece el valor del ser humano. Con frecuencia la teología reformada ha sido caracterizada por tener una opinión pobre del ser humano al insistir en el hecho de la caída y la corrupción radical de la humanidad. Yo he sostenido que la teología reformada tiene la postura más alta posible de la humanidad. Lo cierto es que al tener una postura tan elevada de Dios nos interesa mucho aquel que fue creado a Su imagen. La teología reformada toma muy en serio el pecado porque toma a Dios muy en serio y porque toma a los seres humanos muy en serio. El pecado ofende a Dios y violenta a los seres humanos. Ambos hechos son asuntos graves.

La teología reformada mantiene un alto concepto del valor y la dignidad de los seres humanos. En este punto difiere radicalmente de todas las formas de humanismo puesto que este último le asigna una dignidad *intrínseca* al hombre. La teología reformada, en cambio, considera la dignidad del hombre como algo *extrínseco*. En otras palabras, la dignidad del hombre no es algo inherente; no existe por sí misma. Nuestra dignidad es algo derivado, dependiente y recibido. Nuestra naturaleza pertenece al polvo. Pero Dios nos ha asignado, como criaturas hechas a Su imagen, un valor y dignidad altísimos. Él es la fuente de nuestro ser y de nuestra existencia. Dios nos ha dado vestiduras de valor y dignidad.

Cada cierto tiempo surgen controversias respecto a la meta y propósito del plan redentor de Dios. La pregunta que surge es la siguiente: ¿Es la meta de la redención la manifestación de la gloria de Dios? ¿O es más bien la manifestación del valor de la humanidad caída? ¿La meta de la redención es teocéntrica o antropocéntrica? Si estuviéramos obligados a escoger diríamos que primero se trata de la gloria de Dios. La buena noticia es que no estamos obligados a escoger.

En el plan redentor de Dios, vemos tanto la preocupación de Dios por Su creación como la intención de mostrar Su gloria. La gloria de Dios se manifiesta en Su obra redentora y a través de ella. Incluso se manifiesta en el castigo del malvado. Dios exhibe, con una majestad deslumbrante, tanto Su gracia inefable como Su juicio justo. Incluso al juzgarnos, Dios vindica el valor del hombre pues castiga la maldad que tanto daña la vida humana.

Aunque no soy adepto al uso de las paradojas en el discurso teológico, no me abstendré de plantear una en esta ocasión. Aunque no hay mucho en la doctrina reformada de Dios que

difera en gran medida de la doctrina declarada por otras comuniones cristiana, el aspecto más distintivo de la teología reformada es precisamente la doctrina de Dios. ¿Cómo puede ser verdad esto? A pesar de que la doctrina reformada de Dios no difiere mucho de otras declaraciones confesionales, la manera en que esta doctrina opera en la teología reformada es lo que la hace única. La teología reformada aplica insistentemente la doctrina de Dios en todas las demás doctrinas, transformándola en el elemento regulador de toda la teología.

Por ejemplo, nunca he conocido a alguien que se declare cristiano y que no esté dispuesto a afirmar que Dios es soberano. La soberanía es uno de los atributos divinos al que se han adherido los cristianos a través de la historia casi de forma universal. Sin embargo, cuando llevamos la doctrina de la soberanía divina a otros aspectos de la teología, el concepto se debilita o desaparece por completo. A menudo he escuchado decir: “La soberanía de Dios está limitada por la libertad humana”. En esa declaración la soberanía de Dios no es absoluta pues tiene los límites que le impone la libertad humana.

La teología reformada ciertamente dirá, con insistencia, que el hombre ha recibido una cuota de libertad de parte de su creador. Pero esa libertad no es absoluta y el hombre no es autónomo. Nuestra libertad está siempre, y en todas partes, limitada por la soberanía de Dios. Dios es libre y nosotros somos libres. Pero Dios es más libre que nosotros. Cuando nuestra libertad se topa con la soberanía de Dios, nuestra libertad debe ceder. Decir que la soberanía de Dios está limitada por la libertad del hombre equivale a decir que el hombre es soberano. Sin duda, puede que la afirmación de que la soberanía de Dios está limitada por la libertad humana solo intente expresar que en realidad Dios no *violenta* esa libertad. Pero eso ya es otro tema,

desde luego. Si Dios nunca violenta la libertad humana no se debe a que Él tenga límites para ejercer Su soberanía. Es más bien porque en Su soberanía ha decretado que no lo hará. Dios tiene la autoridad y el poder para hacerlo si quisiera. Cualquier límite será un límite que Dios se impone a Sí mismo soberanamente y no uno impuesto por nosotros.

A los ojos de la teología reformada, si Dios no es soberano sobre todo el orden creado, entonces no es realmente soberano. La palabra *soberanía* se puede transformar fácilmente en una fantasía. Si Dios no es soberano entonces no es Dios. Ser soberano es algo que le corresponde por esencia. La manera en que comprendemos Su soberanía tendrá implicaciones radicales en nuestro entendimiento de la doctrina de la providencia, la elección, la justificación y muchas otras. Lo mismo se aplica a los otros atributos de Dios, tales como la santidad, omnisciencia e inmutabilidad, por nombrar algunos.

La teología reformada es católica

En el siglo XVII surgió un conflicto al interior de la comunidad reformada de Holanda. Un grupo de teólogos se hizo conocido como los “remonstrantes”, debido a que protestaban (eso significa el nombre) en contra de los cinco artículos de la teología reformada. Estos cinco puntos llegaron a ser conocidos más tarde como los “cinco puntos del Calvinismo” que en inglés se resumen con el conocido acróstico “TULIP”. Este acróstico (que examinaremos en más detalle en la segunda parte de este libro) representa las doctrinas de la depravación total, la elección incondicional, la expiación limitada, la gracia irresistible, y la perseverancia de los santos. El Sínodo de Dort condenó a los remonstrantes y reafirmó la validez de los cinco puntos como parte integral de la teología reformada.

Desde aquel sínodo, se ha vuelto cada vez más popular concebir toda la teología reformada exclusivamente a través de esos cinco puntos. Es verdad que estos cinco puntos son centrales para la teología reformada, pero están muy lejos de resumir la totalidad de dicho sistema de doctrina. La teología reformada es mucho más que esos cinco puntos.

La teología reformada no es solo sistemática sino también *católica*, porque tiene mucho en común con otras tradiciones que son parte del cristianismo histórico. Los reformadores del siglo XVI no estaban interesados en crear una religión nueva. Su interés no era la innovación, sino la renovación. Eran reformadores, no revolucionarios. Así como los profetas del Antiguo Testamento no rechazaron el pacto original que Dios hizo con Israel, sino que, en vez de eso, buscaron corregir aquello que se apartaba de la fe revelada, así también, los reformadores llamaron a la iglesia a volver a sus raíces bíblicas y apostólicas.

Si bien los reformadores rechazaron la tradición como fuente de revelación divina, no por ello rechazaron la totalidad de la tradición cristiana. Juan Calvino y Martín Lutero citaban frecuentemente a los Padres de la iglesia, en particular a Agustín. Ellos pensaban que la iglesia había aprendido mucho durante su historia y deseaban conservar aquello que era verdadero de esa tradición. Por ejemplo, los reformadores adoptaron las doctrinas expresadas y formuladas en los grandes concilios ecuménicos a través de la historia de la iglesia, incluyendo la doctrina de la trinidad formulada en el Concilio de Nicea en el año 325 y el de Calcedonia en el año 451.

En el Nuevo Testamento encontramos ejemplos de conflicto en torno a la tradición. A menudo Jesús discutía con los fariseos y escribas sobre la tradición de los rabinos. Jesús no consideraba la tradición rabínica como intocable. Muy por el contrario,

Jesús reprendió a los fariseos por elevar la tradición humana y conferirle autoridad divina, poniendo en riesgo a esta última. Debido a este rechazo tan severo de la tradición humana, es que tendemos a pasar por alto los aspectos positivos de la tradición que están expresados en el Nuevo Testamento. El término *tradición* se refiere a aquello que ha sido “entregado”. Es el deber de cada generación traspasar la tradición a la generación siguiente. Tal como Israel entregó a sus hijos las tradiciones que Dios instituyó, la iglesia debe traspasar la tradición apostólica a cada generación que le sucede.

En este proceso, no obstante, siempre existe el peligro de hacer adiciones a la tradición apostólica que van en contra de la enseñanza original. Es por eso que los reformadores insistían en que su labor de reformar la iglesia no estaba completa. La iglesia está llamada a ser *semper reformanda*, es decir, estar “siempre reformándose”. Cada comunidad cristiana crea su propia subcultura de costumbres y tradiciones. A menudo cuesta muchísimo abandonar o superar dichas tradiciones. Aun así, sigue siendo la tarea de cada generación examinar de forma crítica sus tradiciones para asegurar que son congruentes con la tradición apostólica.

Los reformadores tomaban muy en serio la historia de la iglesia y hoy debemos hacer lo mismo. Yo enseñé teología sistemática en un seminario reformado al que asisten estudiantes de diversos trasfondos denominacionales. Muchos de ellos son bautistas. Cuando enseñé sobre los sacramentos soy consciente de que muchos de mis estudiantes no están de acuerdo con el bautismo de infantes. Yo les hago ver que, a través de la historia, el bautismo de infantes ha sido la postura mayoritaria entre la mayoría de las comunidades cristianas. También les recuerdo que aunque su postura sea minoritaria históricamente

hablando, eso por ningún motivo significa que sea falsa. De hecho, es muy posible que a veces, y así ha sido en ocasiones, la minoría esté en lo correcto. Pero sí les solicito a mis estudiantes bautistas que examinen la posición de la mayoría para entender por qué sostienen dicha postura. Asimismo, insisto que aquellos que están en desacuerdo con la postura bautista escuchen con atención las razones que ellos tienen para practicar el bautismo de creyentes.

Hago esto por más de una razón. Este tema es causa de profunda división entre cristianos y ambos grupos están deseosos de agradar a Dios. Al menos uno de ellos está equivocado. El bautismo de infantes tiene que estar de acuerdo con la voluntad divina o bien en desacuerdo. Alguien está equivocado, pero ambos creen estar en lo correcto. Al examinar los debates históricos puede que seamos persuadidos a cambiar de parecer. Si no, por lo menos tendremos una comprensión más profunda de los temas en cuestión. Esto ayuda a crear un ambiente de comprensión mutua incluso estando seriamente en desacuerdo.

La teología reformada es evangélica

El término *evangélico* adquiere importancia durante la Reforma, cuando era prácticamente sinónimo de *protestante*. Los historiadores a menudo sugieren que las dos causas principales de la Reforma fueron el tema de la autoridad y el tema de la justificación. Con frecuencia se hace referencia al tema de la autoridad como la *causa formal* de la Reforma, mientras que al tema de la justificación se le denomina la *causa material*. Con esto se quiere decir que el tema central era la justificación mientras que el asunto de fondo de la controversia era la autoridad. Las frases gemelas de *sola scriptura* y *sola fide* llegaron a ser los gritos de guerra de la Reforma. Los analizaremos en

mayor detalle más adelante. Lo que es importante decir, por ahora, es que el término *evangélico* era un término general que describía a muchos grupos los cuales, a pesar de estar agrupados en distintas denominaciones, estaban de acuerdo en estos dos temas en contra posición a la Iglesia católica romana.

Al afirmar que la teología reformada es evangélica entonces queremos decir que la teología reformada comparte con otros grupos protestantes el compromiso con la doctrina histórica de *sola scriptura* y *sola fide*. Desde el siglo XVI, el término *evangélico* ha experimentado un desarrollo significativo al punto que hoy es difícil de definir. En el siglo XX, tanto el concepto de la autoridad bíblica como la naturaleza y significado de la justificación por la sola fe, han sido cuestionados desde el interior de la comunidad de evangélicos confesantes. Hoy en día ya no se puede asumir que si una persona se autodenomina evangélica significa que está comprometida con la idea de *sola scriptura* o *sola fide*.

En un libro publicado recientemente, un escritor católico romano se describe a sí mismo como un “católico romano evangélico” y afirma que mantiene la ortodoxia romanista. El autor se apropia del término evangélico porque dice creer también en el “evangelio”. Al menos el autor entiende la raíz del término *evangélico*.

Los reformadores se autodenominaban evangélicos porque creían que la justificación por la sola fe es central y esencial en el evangelio. A partir de la palabra original *evangelio* usaron el término *evangélico* para afirmar su convicción de que *sola fide* es el evangelio.

Por supuesto que la Iglesia Católica Romana del siglo XVI estaba en desacuerdo con los reformadores y planteaba que hablar de *sola fide* era una grave distorsión del evangelio. A la luz

del debate histórico, no es de sorprender que hoy encontremos partidarios en ambos lados de la controversia quienes se hacen llamar *evangélicos*. Por supuesto, debemos reconocer que hay personas en la Iglesia Católica Romana que son *evangélicas* en el sentido protestante pues creen en la visión reformada del evangelio y no en la visión católica romana. En todo caso, cuando digo que la teología reformada es *evangélica* lo digo usando el término en su sentido clásico e histórico. La teología reformada comparte un conjunto de doctrinas evangélicas comunes con otras tradiciones cristianas.

Dios es incomprensible

Hemos visto que la teología reformada es sistemática, católica y evangélica. En todos estos aspectos busca que su doctrina esté centrada en Dios. Cuando los teólogos reformados confiesan su fe o enseñan cursos de teología sistemática, normalmente comienzan su estudio de la teología con la doctrina de la revelación o la doctrina de la teología propia, es decir, la doctrina de la naturaleza y el carácter de Dios mismo.

El estudio de la teología propia comienza con la doctrina de la incomprensibilidad de Dios. Este término puede sugerirle al lector que lo que creemos básicamente es que a Dios no se le puede conocer o comprender. Esto no es así en absoluto. Creemos que el cristianismo es ante todo una religión revelada. Estamos comprometidos con la noción de que Dios se ha dado a conocer lo suficiente como para que seamos redimidos y para tener comunión con Él.

La doctrina de la incomprensibilidad de Dios atrae nuestra mirada hacia la distancia que hay entre un creador trascendente y Sus criaturas mortales. Uno de los axiomas principales que Juan Calvino enseñó se resume en la frase que usaban los

reformadores: *finitum non capax infiniti* (“lo finito no puede contener lo infinito”). Puesto que Dios es infinito en Su ser y es eterno, y dado que nosotros somos finitos y limitados por el espacio y el tiempo, nuestro conocimiento de Él nunca será exhaustivo. Disfrutamos de un conocimiento entendible de Dios, pero no de un conocimiento exhaustivo.

Para conocer a Dios de forma exhaustiva necesitaríamos ser partícipes de Su atributo de infinitud. La infinitud de Dios es un atributo divino llamado correctamente “incomunicable”. Esto quiere decir que Dios no puede hacernos dioses. Ni siquiera Dios es capaz de crear un segundo dios. Un segundo dios no sería en realidad dios pues por definición sería criatura. Un segundo dios dependería y derivaría del Dios original. Incluso en nuestra condición glorificada en el cielo, en donde entenderemos mucho más y mucho mejor sobre Dios, nuestro conocimiento tampoco será exhaustivo. Ser glorificados no significa ser deificados. Seguiremos siendo criaturas; seguiremos siendo finitos. Incluso en el cielo se aplica el axioma *finitum non capax infiniti*.

Aunque carecemos de un conocimiento exhaustivo de Dios, eso no nos deja reducidos al escepticismo o al agnosticismo. Nosotros entendemos sobre Dios. La primera iglesia enfrentó una herejía generalizada en la forma del tan denominado gnosticismo. Los gnósticos, cuyo nombre deriva de la palabra griega *gnosis* (conocimiento), creían que no es posible tener conocimiento real de Dios a través de los medios normales del entendimiento racional o de los sentidos. El único conducto de este conocimiento sería la intuición mística que posee solo una élite dotada de “gnostikoi” o “aquellos que saben”. Los gnósticos aseguraban tener un nivel o forma de conocimiento superior al de los apóstoles y con eso ellos pretendían usurpar

su autoridad. El problema con los gnósticos se exacerbó con la aparición posterior del neoplatonismo.

El neoplatonismo era un intento deliberado para ofrecer una filosofía alternativa al cristianismo. La fe cristiana había derrotado a la filosofía griega tradicional. El neoplatonismo fue un intento de volver a colocar a la filosofía griega en un lugar de preeminencia. El filósofo neoplatónico más importante, Plotino, se refería a Dios como “el Uno”. Plotino insistía en que era imposible hacer afirmaciones positivas sobre Dios. Él es insondable. Podemos ir en círculos alrededor de algunas ideas acerca de Dios, pero nunca lograremos aterrizar ninguna de ellas. Plotino hizo popular el método para hablar de Dios el cual es conocido como “vía negativa” (*via negationis*) en el cual se define algo diciendo lo que no es.

La teología cristiana rechaza el escepticismo del gnosticismo y el neoplatonismo. Sin embargo, la vía negativa, en ocasiones, sí se emplea en la teología. Por ejemplo, podemos hablar de la infinitud e inmutabilidad de Dios. Ambos son términos negativos. Decir que Dios es infinito es decir que Él no es finito. Decir que Él es inmutable es decir que Él no cambia, no hay mutación. En ese sentido, estamos destacando aquello en lo que Dios difiere de Sus criaturas.

Si solo hubiera diferencias entre Dios y el hombre no podríamos tener conocimiento de Dios en absoluto.

Se ha puesto de moda referirse a Dios como aquel que es “totalmente otro”. Se acuñó esta frase para salvaguardar la trascendencia de Dios ante toda forma de panteísmo que busque circunscribir a Dios dentro del universo. Si lo tomamos de forma literal, por otro lado, el término “totalmente otro” podría ser fatal para el cristianismo. Si no hay ningún aspecto en el que Dios y el hombre sean similares, si no hay analogía

alguna entre Dios y el hombre, entonces no hay ninguna base común para que haya comunicación entre ambos. Dos seres que son totalmente disímiles no tienen manera de dialogar.

La Escritura enseña que fuimos creados a Su imagen y semejanza, esto no quiere decir que seamos dioses pequeños. La imagen no oculta la diferencia entre Dios y el hombre; sin embargo, asegura que hay un grado de semejanza que hace posible la comunicación, por más limitada que sea.

Aunque la iglesia a veces emplea la vía negativa en sus declaraciones sobre Dios, lo que confiesa no está limitado por este método como es el caso del neoplatonismo. También usamos la “vía afirmativa” (*via affirmatas*) y “la vía eminente” (*via eminentia*). La vía afirmativa consiste en afirmaciones positivas acerca de Dios, tales como “Él es santo, soberano y justo”. La vía eminente describe a Dios usando categorías aplicadas a las criaturas, pero elevadas a su grado superlativo.

Por ejemplo, estamos familiarizados con las categorías de poder y conocimiento. Ejercemos poder, pero nuestro poder es limitado. El poder de Dios sobre Su creación, sin embargo, no lo es; es absoluto. Por lo tanto, decimos que Dios es todopoderoso u omnipotente. Asimismo, nuestro conocimiento es limitado, pero el de Dios no. Entonces decimos que Dios es omnisciente o que lo sabe todo.

El lenguaje que usamos para referirnos a Dios toma en cuenta tanto las similitudes como las diferencias entre Él y nosotros. La incomprendibilidad busca respetar ese sentido en el que podemos conocer a Dios y el sentido en el que hay cosas que nos son desconocidas acerca de Dios. Martín Lutero distinguía entre el “Dios escondido” (*Deus absconditus*) y el “Dios revelado” (*Deus revelatus*):

Cuando se debate el conocimiento, o hablando de manera más precisa, la persona del Ser Divino, se debe considerar una distinción. La discusión debe ir en torno del Dios escondido (*abscondito*) o del Dios revelado (*revelato*). Si Él no se ha revelado entonces no es posible ninguna fe, ningún conocimiento, ni ninguna comprensión de Dios.

Lo que está por encima de nosotros no nos compete. Pues los pensamientos de esta clase, que quieren sondear algo más sublime, superior y ajeno a lo que Dios ha revelado, son completamente diabólicos. No logramos nada con ello excepto lanzarnos a la destrucción, porque proponen un objeto de estudio que desafía la investigación, es decir, el Dios no revelado. Dejemos que Dios mantenga Sus decretos y misterios escondidos.

Calvino hacía una distinción similar entre lo que es posible conocer sobre Dios y lo que permanece oculto para nosotros. “La esencia de Dios, ciertamente, es incomprensible, trascendiendo por completo todo pensamiento humano; pero en cada una de Sus obras ha impreso Su gloria en caracteres tan claros, tan particulares y tan evidentes que nadie, sea inculto o menos inteligente, puede apelar a la ignorancia como excusa”.

Ya antes Calvino había ensalzado el conocimiento que tenemos de Dios: “Puesto que la suprema felicidad se encuentra en el conocimiento de Dios, a Él le ha placido, a fin de que ninguno quede excluido de los medios para alcanzar la felicidad, no solo depositar en nuestras mentes la semilla de religión de la que ya hemos hablado, sino también para manifestar Sus perfecciones en toda la estructura del universo, y colocarse

diariamente ante nuestra vista, de modo que al abrir los ojos no hay nadie que no sea capaz de contemplarlo”.

Con la doctrina de la incomprendibilidad de Dios, tanto Calvino como Lutero buscaron ser fieles a la enseñanza de las Escrituras sosteniendo ambos aspectos del conocimiento de Dios, aquello que no se puede conocer de Dios y aquello que Dios ha revelado: “Las cosas secretas pertenecen al Señor nuestro Dios, pero las cosas reveladas nos pertenecen a nosotros y a nuestros hijos para siempre, a fin de que guardemos todas las palabras de esta ley” (Dt 29:29).

Ya hemos visto que la teología reformada está centrada en Dios, no en el hombre; es teocéntrica, no antropocéntrica. Al mismo tiempo, sabemos que nuestra comprensión de Dios tiene implicaciones radicales en nuestra comprensión de la humanidad, la cual creó a Su imagen. El conocimiento sobre el hombre y el conocimiento sobre Dios están interrelacionados, están entrelazados. En un sentido, al tomar conciencia de lo que somos, tomamos conciencia de nuestra condición finita y de nuestra condición de criaturas. Nos damos cuenta de que somos criaturas dependientes. Todas estas cosas apuntan hacia nuestro Creador, aunque en nuestra naturaleza caída buscamos evitar o ignorar este indicador. En otro sentido, hasta que no entendamos quién es Dios no podremos entender adecuadamente quiénes somos nosotros. Al principio de su obra clásica, *Institución de la Religión Cristiana*, Juan Calvino dice:

Nuestra sabiduría la que es, en definitiva, sabiduría real y verdadera, consta casi enteramente de dos aspectos: el conocimiento de Dios y el de nosotros mismos. Al estar conectados entre sí, por muchos lazos, no es fácil determinar cuál de los dos precede y da nacimiento al otro. En primer

lugar, ningún hombre puede contemplarse a sí mismo sin que sus pensamientos se dirijan inmediatamente hacia Dios, en quien vive y se mueve; porque está muy claro que los dones que poseemos no proceden de nosotros mismos; es más, nuestra propia vida no puede subsistir sino solo en Dios.

Luego Calvino vuelve la mirada al otro lado de la moneda:

Por otro lado, es evidente que el hombre nunca alcanza un verdadero conocimiento de sí mismo hasta que no ha contemplado previamente el rostro de Dios y después de haberlo contemplado, desciende a considerarse a sí mismo... Mientras no miremos más allá de la tierra, estaremos muy complacidos con nuestra propia justicia, sabiduría y virtud; nos dirigimos a nosotros mismos en los términos más halagadores y llegamos a considerarnos casi semidioses. Pero, una vez que empezamos a elevar nuestros pensamientos hacia Dios, y reflexionar sobre qué clase de Ser es Él, y cuán absoluta es la perfección de esa justicia, sabiduría y poder, lo cual, como norma, estamos obligados a conformarnos, lo que antes nos deleitaba con su falsa demostración de justicia, se nos presenta contaminado con la mayor iniquidad; lo que extrañamente se nos impone bajo el nombre de sabiduría nos disgustará por su extrema necesidad; y lo que poseía apariencia de fuerza virtuosa será condenada como la más miserable debilidad. Tan lejos están en nosotros aquellas cualidades que parecen más perfectas de corresponder a la pureza divina.

Dios es Autosuficiente

La teología reformada pone un gran énfasis en la autosuficiencia de Dios. Esta característica está relacionada con la *aseidad* de Dios, es decir, la noción de que Dios, y solo Dios, es la base y razón de Su propia existencia. El ser de Dios no deriva de nada que esté fuera de Él mismo. Dios es auto-existente. En lenguaje popular, frecuentemente hablamos de Dios como el Ser Supremo y de nosotros como seres humanos. Usamos el término *ser* en ambos casos. Eso nos podría llevar a pensar que la diferencia fundamental entre Dios y el hombre está en los adjetivos *supremo* y *humano*. En un sentido, eso es correcto. Pero estos adjetivos apuntan a la diferencia entre el ser de Dios y el ser del hombre. Sin embargo, Dios y solo Dios es un ser puro. Él es el que es, el Jehová del Antiguo Testamento. En cambio, nuestro ser es derivado, dependiente y contingente. Dependemos completamente del poder del ser de Dios para existir o para “ser”. Dicho en una palabra, somos criaturas. Por definición, una criatura le debe su existencia a otro.

Una de mis anécdotas favoritas con relación a la auto-existencia de Dios es una conversación entre dos niños.

Uno de los niños pregunta: “¿De dónde vienen los árboles?”.

El otro niño responde: “Dios hizo los árboles”.

“¿De dónde venimos nosotros?”.

“Dios nos hizo”.

“Entonces”, preguntó el primer niño, “¿de dónde vino Dios?”. De inmediato, el otro niño responde: “Dios se hizo a Sí mismo”. Las primeras dos respuestas del segundo niño son correctas. Pero su tercera respuesta lo lanzó a peligrosas aguas teológicas. Dios no se hizo a Sí mismo. Ni siquiera Dios podría haberse hecho a Sí mismo pues eso hubiese requerido que ya existiera para realizar el acto de crearse. El principal punto de

la aseidad es que Dios no es creado. No tiene una causa anterior. Por Su aseidad, Su auto-existencia, Dios es eterno. Nunca hubo un momento en el que no existiera. Dentro de Él está el poder de ser, de existir. Él no solo posee ser, Él es el Ser.

Una de las confesiones reformadas, *La Confesión de Fe de Westminster*, dice: “Dios tiene, en Sí mismo y por Sí mismo, toda vida, gloria, bondad y bienaventuranza. Él es el único todo suficiente, en y por Sí mismo, no teniendo necesidad de ninguna de Sus criaturas hechas por Él, ni derivando gloria alguna de ellas, sino que manifiesta Su propia gloria en ellas, por ellas, hacia ellas y sobre ellas. Él es la única fuente de toda existencia, de quien, por quien y para quien son todas las cosas”.

Dios es Santo

La teología reformada le atribuye gran importancia al Antiguo Testamento y lo considera muy relevante para la vida cristiana. Una de las riquezas del Antiguo Testamento es su revelación abundante sobre el carácter de Dios. Dado que la teología reformada hace tanto énfasis en la doctrina de Dios, no es de sorprender entonces que le preste mucha atención al Antiguo Testamento. Por cierto, toda la Escritura nos revela el carácter de Dios. Con todo, el Antiguo Testamento nos entrega un cuadro muy vívido de la majestad y santidad de Dios.

La santidad de Dios apunta a dos ideas distintas pero relacionadas. Primero, el término *santo* destaca la “otredad” de Dios, en el sentido de que Él es diferente y superior a lo que nosotros somos. También subraya Su grandeza y Su gloria trascendente. El segundo aspecto del significado de la santidad tiene que ver con la pureza de Dios. La perfección de Su justicia se muestra en Su santidad.

Al repasar las obras de grandes teólogos como Agustín, Tomás de Aquino, Martín Lutero, Juan Calvino, John Owen y Jonathan Edwards, se aprecia la presencia del gran tema de la majestad de Dios. Estos hombres contemplaron con asombro la santidad de Dios. Esta actitud de reverencia y adoración está presente a través de las páginas de toda la Escritura. Calvino dijo:

De ahí ese pavor y asombro con el que, como relatan de manera uniforme las Escrituras, los hombres santos eran afligidos y abatidos cada vez que contemplaban la presencia de Dios. Cuando vemos a aquellos, que anteriormente se mantuvieron firmes y seguros, dando muestras de pánico y terror hasta el punto de que el miedo a la muerte se apodera de ellos y, en cierto modo, los deja angustiados y paralizados, eso infiere que los hombres nunca experimentan ni son impresionados con la convicción de su insignificancia, hasta que se ven comparados con la majestad de Dios. Existen muchos ejemplos de este sentimiento tanto en el libro de Jueces como en los libros proféticos [Jue 13:22; Is 6:5; Ez 1:28; 3:14; Job 9:4; Gn 18:27; 1R 19:18]; tanto así que de ahí procede la expresión común entre el pueblo antiguo: “Ciertamente moriremos, porque hemos visto a Dios”.

No conozco otra declaración breve como esta que resuma tan bien la importancia central de la doctrina de Dios en la teología. Se dice que la pasión que impulsaba a la teología de Calvino y su trabajo en la iglesia era la de librar a la iglesia de toda forma de idolatría. Calvino comprendía que la idolatría no se limita a expresiones burdas o primitivas como las que encontramos en religiones animistas o totémicas. Se daba cuenta de que

la idolatría puede llegar a ser sutil y sofisticada. La esencia misma de la idolatría consiste en distorsionar el carácter de Dios.

Tal como Pablo le declaró a los Romanos, la idolatría consiste en cambiar la gloria de Dios por una mentira, exaltando a la criatura y menospreciando al Creador. Pablo dice: “Profesando ser sabios, se volvieron necios, y cambiaron la gloria del Dios incorruptible por una imagen en forma de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos y de reptiles. Por lo cual Dios los entregó a la impureza en la lujuria de sus corazones, de modo que deshonraron entre sí sus propios cuerpos. Porque ellos cambiaron la verdad de Dios por la mentira, y adoraron y sirvieron a la criatura en lugar del Creador, quien es bendito por los siglos. Amén” (Ro 1:22-25).

Cuando Calvino se refería al corazón como una fábrica de ídolos (*fabricum idolarum*), él hacía hincapié en que la tendencia a la idolatría está profundamente arraigada en el corazón pecaminoso del ser humano. El cambiar la verdad sobre de Dios por una mentira ocurre en cada distorsión del carácter de Dios que penetra (ya sea lenta o rápidamente) en nuestra teología. Es algo que debemos cuidar con gran celo. Calvino afirma:

Sin embargo, tan clara como es la manifestación que Dios da de Sí mismo, como de Su reino inmortal, en el espejo de Sus obras, tan grande es nuestra torpeza con respecto a esas claras manifestaciones que nos quedamos atontados y no aprovechamos de testimonios tan claros... Pero todos somos muy parecidos en esto, nos entregamos a ficciones monstruosas apartándonos del único y verdadero Dios... Casi todo hombre se ha inventado su propio dios. A la oscuridad de la ignorancia se le unió la pretensión y el desenfreno; por lo tanto, es extraño encontrar a alguien que no

se haya fabricado un ídolo a quien adorar, en vez de adorar a Dios. Como el agua que brota de un manantial grande y copioso, infinidad de dioses han surgido de la mente humana, cada hombre otorgándose plena licencia e ideando alguna forma peculiar de divinidad para satisfacer sus propios puntos de vista.

Los cristianos hemos sido llamados a predicar, enseñar y creer todo el consejo de Dios. Cualquier distorsión del carácter de Dios envenena el resto de nuestra teología. La mayor forma de idolatría es el humanismo, pues este considera al hombre como la medida de todas las cosas. El hombre es el centro del interés, el foco central, el motivo dominante en todas las formas de humanismo. Su influencia es tan fuerte y penetrante que intenta infiltrarse en la teología cristiana en cada aspecto. Solo a través de un cuidado riguroso y devoción de la doctrina bíblica de Dios podremos evitar probar y tragar este brebaje tan nocivo.

2

BASADA SOLO EN LA PALABRA DE DIOS

A menos que sea convencido por la Sagrada Escritura o por alguna razón evidente, no me retractaré. Mi conciencia está cautiva a la palabra de Dios y actuar en contra de la conciencia es incorrecto y peligroso. Fue Martín Lutero quien pronunció esas palabras inmortales en la Dieta de Worms. Se encontraba bajo juicio, con peligro de muerte, delante de las autoridades de la iglesia y del Estado, estaba acusado de graves herejías. Cuando se le ordenó que se retractara de su doctrina de la justificación por fe, él insistió en que su doctrina se basaba en la Biblia. En debates previos, con prominentes teólogos católico-romanos, Lutero había sido empujado a admitir que consideraba posible que el Papa y los concilios de la iglesia podían equivocarse.

A menudo, los historiadores han explicado la Reforma protestante describiendo su causa material y su causa formal. La causa material fue la disputa sobre la doctrina de la

Esperamos que hayas disfrutado de
esta pequeña muestra del libro *¿Qué es la teología reformada?*

Para conseguir el libro completo y conocer más
acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2022 Poiema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!